

El ogro Pepet

En un rincón escondido de un bosque encantado vivía el ogro Pepet. Pero no era un ogro como los de los cuentos que asustan a todo el mundo. Pepet era un ogro simpático y muy curioso. Era alto como un árbol y fuerte como un roble, pero lo que más le gustaba hacer era pasear por el bosque y ayudar a los animales.

Cada día, Pepet salía de su casa —una cueva llena de luz con flores colgadas en el techo— y exploraba nuevos rincones del bosque. Le encantaba hacer nuevos amigos, aunque a menudo los animales huían asustados cuando le veían.

—¡Es porque soy muy grande y hago ruido cuando camino! —se decía Pepet, triste.

Una mañana, mientras paseaba, escuchó un llanto. Pepet siguió el sonido hasta que encontró una pequeña ardilla atrapada bajo una rama muy grande.

—¡Ayúdame, por favor! —gritó la ardilla con voz temblorosa.

Con mucho cuidado, Pepet levantó la rama y la ardilla quedó libre.

—¡Gracias! Pero… ¿no eres malo? —preguntó la ardilla con los ojos muy abiertos.

—¿Malo? ¡No! Solo soy grande, pero tengo un corazón pequeño y tierno.

La ardilla, llamada Xiscle, prometió que explicaría a todos los animales que Pepet era un amigo, no un peligro.

Esa misma tarde, Pepet se encontró una escena extraña en el río. Los patos estaban haciendo un gran revuelo porque el agua se había atascado con unas piedras. Sin pensarlo, el ogro sacó las piedras una por una y el agua empezó a fluir de nuevo.

Los patos le miraron con gratitud e hicieron su mejor quac-quac para agradecerle.

—¿No sois malos vosotros? —preguntó Pepet de broma.

Los patos se rieron y dijeron que nunca más tendrían miedo de él.

Con el tiempo, Pepet se convirtió en el protector del bosque. Cada vez que había un problema, los animales acudían a él. Y él, con sus gigantes manos, pero suaves, siempre encontraba una solución.

Una noche, la luna brillante iluminó el bosque y todos los animales se reunieron en torno a la cueva de Pepet. Habían preparado una sorpresa: un banquete lleno de bayas, frutos y flores.

—¡Gracias, Pepet! ¡Por ser nuestro amigo y hacer del bosque un lugar más bonito!

Y así, el ogro Pepet aprendió que, aunque era distinto, era muy querido. Desde entonces, nadie en el bosque tenía miedo a los ogros, porque sabían que no todos son iguales.